



(Túmulos de Bougon, vista tomada por un ángulo.)

EL CAPITAN PEDRO CARRÓS. (1)

Fué hijo el capitán *Pedro Carrós*, de un conde alemán, que bajó con el emperador Federico á las guerras de Italia, desde donde vino á España al servicio del rey D. Jaime, movido de sus hazañas en las guerras que sostenía contra los moros.

Pasó *Carrós* con el citado rey á la conquista de Mallorca, llevando, por su cuenta, una gruesa nave, que fué almiranta de aquella armada, y sus hechos de armas y su arrojo fueron tan valerosos y singulares, que merecieron que el mismo rey le armase caballero el día de la natividad de mil doscientos veinte y ocho.

Sirvió y acompañó al rey en todas sus jornadas, y en particular en la conquista de Valencia y en las demas fortalezas del reino.

Ganó, por su pericia, valor y acertadas disposiciones, el castillo de Rebollet y el lugar de la Font, que en la actualidad, con el nombre de Fuente Encarróz, pertenece al partido judicial de Gandía, de cuyo pueblo le hizo el rey merced y donación.

Deseando D. Jaime ser Señor de Denia, villa entonces, y aun desde la época de los romanos, renombrada y famosa, en cuyo recinto, y en su excelente fortaleza, se había reconcentrado la morisma del rey Zaen, encomendó su conquista á *Carrós*, en quien, mas que en ningun otro, tenía la mayor confianza.

Al instante partió aquel con lo mejor del ejército; puso cerco á dichas poblacion y fortaleza, y como éste se prolongase demasiado, asentó sus reales en un montecito inmediato, en cuya cima construyó un castillo, en donde alojó sus tropas, y del cual nos hemos ocupado ya en otro artículo.

La proximidad á Denia del nuevo castillo, hizo que el capitán

Carrós molestase de continuo á los sitiados, á quienes logró tomar por asalto una torre avanzada, que fué cuartel de los marseleses y que aun hoy sus ruinas se conocen con el nombre de torre de *Carrós*, si bien aquellos la recuperaron luego, con grande pérdida de los sitiadores.

Ganó por fin *Carrós* á Denia, en mil doscientos cuarenta y cuatro, después de quinientos veinte y ocho años que estuvo en poder de los moros, siendo la escogida compañía de Almugávares la primera que se apoderó de una de las puertas y que entró en su recinto, aunque algunos aseguran, que hubo traicion por parte del alcaide moro de dicha puerta y secretas inteligencias entre éste y *Carrós*, por suponer que el rey Zaen vejaba bastante á sus súbditos con pecherías insufribles, que deshonoraba mugeres y que, en aquellos días, había agravado mucho al citado alcaide, en la persona de una hija suya, de rara y singular hermosura.

Todavía se defendieron algun tiempo los sitiados que lograron replegarse á la fortaleza, hasta que faltándoles el bastimento, hubieron de rendirse á *Carrós*, de quien exigieron y les permitió que se retirasen á Alacant, ó Alicante, con la ropa de su uso y con dos sueldos cada uno.

No nos parece fuera de propósito consignar en este artículo, que, según se refiere por varios historiadores, *Alazarch*, caudillo de los moros sublevados que sustentaban la guerra en el reino de Valencia, estaba apasionadísimo de una hija del capitán *Pedro Carrós*, ó que al menos así lo aparentaba y suponía, en términos, que desde el castillo de Rugat mandó una embajada al rey D. Jaime suplicándole con la mayor humildad y á la reina influyesen personalmente, con *Carrós*, á fin de que le diese por muger á su citada hija, en cambio de lo cual prometía hacerse cristiano y rendirse con sus tropas.

Don Jaime y su esposa nada recelaron de una petición sospechosísima bajo todos conceptos, y por el contrario fueron tan demasiado crédulos y confiados, que sin mas escolta que veinte y cinco caballeros montados en mulas, con alguna gente de á pié y con varias mugeres al servicio de la reina, partieron á la ligera desde Játiva, el

15 DE DICIEMBRE DE 1830.

(1) Nuestros lectores nos permitirán que en el presente artículo nos ocupemos, aunque ligeramente, de la conquista de Denia, emprendida de orden del rey D. Jaime, y llevada á cabo, por el capitán *Carrós*.

campamento de Carrós, sabedor de lo cual Alazarch les rogó de nuevo, que pues se dirigían á las cercanías de Denia, fuesen servidos de pasar antes por el valle de Gallinera, donde él les esperaba y tendrían los tres una larga conferencia, beneficiosa para todos; pero en realidad abrigando ya en su pérfido corazón, sino desde un principio, malisimas intenciones.

Accedieron, también, por desgracia, nuestros reyes á las mentidas súplicas del poderoso y temible moro, su encarnizado enemigo, y pudo costarles muy cara tal conducta, porque al estar, con su pequeña comitiva, en un llano cerca de Rugat, le salieron, de improviso, de una emboscada y por distintos puntos, siete compañías de la morisma de Alazarch de orden de éste y con intento de matar, ó por lo menos, prender á don Jaime y á su esposa; mas como afortunadamente el primero y su gente, hiciesen prodigios de valor y lograsen desembarazarse de sus contrarios, llegaron, sin perder un hombre, al campamento de Carrós, desde donde, considerando lo que se tardaría aun en apoderarse de Denia, regresaron á Játiva con las debidas precauciones, y desde allí partió el rey á la conquista de Biar.

Dueño ya don Jaime y señor de la Villa de Denia y de su fortaleza, despachó cinco privilegios en favor de los conquistadores, nuevos pobladores y vecinos de dicha villa. Uno desde Biar, en primero de octubre de mil doscientos veinte y cuatro; el segundo desde Valencia en cuatro de febrero de mil doscientos cuarenta y cinco; el tercero y cuarto desde Alaguar ó Laguar en veinte y seis de mayo del propio año, y el quinto desde Valencia, en veinte y ocho de mayo de mil doscientos cuarenta y nueve, en virtud de los cuales, les libró de pagar derechos por las mercaderías y los de lleuda, peaje y otros; dió facultad y comision al capitán Pedro Carrós, para hacer el repartimiento y división de las tierras, casas, baños, hornos, molinos, etc. á su arbitrio y voluntad, entre dichos conquistadores, nuevos pobladores y vecinos; concedió á los mismos todas las leyes, fueros, costumbres y usajes de la ciudad de Valencia, el ser sentenciados en lo civil y criminal del propio modo que estos, y que no pudiese encarcelárseles en otras prisiones que en las de Denia; y por último, les permitió que pudiesen vender, trocar, enagenar etc. libremente, cualesquiera tierras, casas, molinos, hornos y demas posesiones ó heredades que disfrutasen de las adjudicadas cuando la conquista.

No hemos podido apurar, sin embargo de nuestras investigaciones, la época y el punto donde falleciese el capitán Pedro Carrós; pero, segun todas las probabilidades, es de creer fuese á principios del último tercio del siglo décimo tercero, en Valencia, á donde se retiraría, como lo verificaron, después de pacificado el Reino, sus compañeros de armas, los bravos *Catalayudes, Alapons, Moncadas, Villarrasus, Espinosas, Eslavas, Ramos, Lopez, Señores de Carcer, Masparrotas, Almunias, Colandas, Escolanos, Condes de Castellar y de Sinarcas, Marqueses de Aytóna* y otros, todos ascendientes ilustres de la mayor parte de la actual renombrada, culta y poderosa nobleza valenciana.

REMIGIO SALOMON.

EL CUADRO DE LA CHANFAINA.

(TRADICION.)

El 5 de marzo de 1660 caminaban de mañana, por el tristísimo carril que conduce al monasterio de la Cartuja granadina, un clérigo y un rapazuelo que jadeaba abrumado con el peso de un lienzo de dimensiones colosales.

Alto, enjuto, aguileño de rostro y fiero en la mirada, era el clérigo: sus manteos derrotados tenían un color medio entre la aceituna de agua y el ala de la moscarda; su porte parecia de soldado, su andar elegante y su compostura de hombre de elevadas acciones. Tan extraño conjunto se comprende revelando el nombre del clérigo, que no era otro sino Alonso Cano, insigne pintor y escultor, famoso entre naturales y extranjeros.

—Vamos, Juan, que preciso es hablar con el P. Gerónimo antes de que pruebe un bocado, pues se pone intratable á los postres. Poco resta, hijo mío, con que ánimo, valiente.

Esto decia para alentar al jovencuelo, con tan paternal acento, que, á pesar de su arrugado entrecejo y escéntrica catadura, bien demostraba, á su pesar, un hermoso y caritativo corazón al través de sus rudas maneras.

Apretó el paso el aprendiz, y llegaron amo y mozo á la portería, que les fué franqueada por un barbudo donado.

Atravesaron el *compás* melancólico, poblado de cipreses y madre-selvas, y dejando á un lado la iglesia, que por aquellos tiempos no se habia concluido, penetraron en el claustro gótico labrado por los primitivos fundadores. Con silenciosa cortesania los recibió un monje, en cuyo rostro demacrado revelábanse la abstinencia y el as-

cetismo mas severos, y Cano mientras, dijole con acento conmovido y estrechándole la enjuta mano:

—¡Bien purgais, capitan, vuestras locuras!

—¡Morir tenemos! contestó con tono reposado, pero terrible, el monje, despertando como herido por aquel mundano recuerdo, de sus pasadas aventuras.

—Si, encomendadme á Dios, que gratas le serán las oraciones de tan arrepentido y valiente corazón.

Abrióse á este punto delante de los tres la puerta de la celda del P. Gerónimo: el convertido capitan se inclinó sin mirar al pintor, y retiróse.

Alonso Cano penetró en la habitacion que le franqueaban, y colocó su cuadro á buena luz, con la coquetería de los artistas, recorrió el lienzo blanco que cubria la pintura y, sin mas preámbulos, dijo al reverendísimo:

—Veamos qué le parece á vuestra merced.

Era el P. Gerónimo un monje con puntos y collar de mundano.

Administraba los bienes de la comunidad, tenia el derecho de salir á la ciudad, y de hablar con todos, y sin duda, por el trato ó por otras razones que el cronista ignora, habia engordado tan desmesuradamente, y tan colorados eran sus mofletes, tan anchos y curtidors, que mas parecia flamenco bebedor que ascético eremita; sus hábitos blanquitos y su cabeza rapada, daban á lo chiquito de su figura cierta semejanza con un bote de pomada.

—Bien, señor racionero, aunque dejadme poner las anteojeras. Dijo el padre, y sacó una caja enorme de plata, y de ella unos anteojos con aro dorado, que mas parecian dos cazados de tahona. Colocóselos sobre las abultadas y romas narices, acompañando la operacion con un sordo gruñido, y se puso á contemplar la obra del artista.

Representaba la pintura el sagrado misterio de la Trinidad. Entre fúlgidos celajes de oro, púrpura y topacios, entre resplandores vivisimos y agradables como la claridad del alba, estaba el padre con el grave y sublime continente del Creador del mundo, del Uno eterno, indivisible, sin principio ni fin: su rostro y su mirar, mas sublimes que los del Júpiter de Fidia, revelaban la purísima y ardiente inspiracion cristiana, del hombre del espíritu y no de la forma. Entre sus brazos estaba el Hijo de Dios, Cristo, desnudo y manifestando en los llagados miembros humanos las huellas que en su santísimo cuerpo habian dejado las impías manos de aquellos á quienes habia venido á redimir á este valle de lágrimas. El Espíritu Santo con la vivida lumbre de su amor iluminaba la figura del Padre y del Hijo, y como que los rodeaba con una aureola de fuego, que partia de su corazón de paloma blanquísima.—Era una obra acabada como las del Creador por esencia, y al verla por mano de hombre trazada, era preciso esclamar: «Ciertamente el espíritu del hombre está hecho á imagen y semejanza de Dios.»

Mas nuestro reverendísimo cartujo, después de mirar y remirar, refunfuñó no muy conforme con nuestras opiniones.

—¡Bien! ¡phs! bien; pero yo hubiera puesto mas almagre en las nubes, y hubiera pintado mayor al Espíritu Santo.

—Si, á vuestra merced le gustan grandes las palomas, y sobre todo para la mesa; dijo Cano con aire sarcástico y lastimado, al ver tan mal comprendido su grandioso pensamiento.

—¡Oh! si, las aves todas deben ser cebadas; pero á nosotros nos las prohibe la regla, y dió un suspiro al proferir la última palabra el monje.

—Ello, en fin, como está ¿os acomoda? porque jamás retoco mis obras, repuso el pintor.

—No se irrite vuestra merced, que mas ven cuatro ojos que no dos. ¿Y cuánto vale su cuadro?

—Dos mil pesos, y diez ducados que dareis de propina á este mi aprendiz.

—¡Dos mil pesos! ¡Voto vál... y se mordió el padre los labios por no echarlo redondo; y con diez ducados de coleta, ó *post scriptum*; pues no cuesta tanto el mantener un mes á la comunidad, aunque el señor Arzobispo venga á comer los cuatro jueves.

—Digoos, P. Gerónimo, contestó colérico y desenchajado el bilioso pintor, que soy el mayor de los mentecatos cuando sufro que taiseis mis obras como si fuesen jamones alpujarreños, ó seron de peras guadiaseñas. Juro por lo mas sagrado, que si no estuviérais ordenado, y yo con estas hopalandas, habiais de pagarme cara tal demasia.—Encubre, Juan, la pintura, y vamos con ella á casa, que no es digno de la gran imagen de Dios, quien tan mal comprende.

—Sosiéguese el señor racionero, que le daré hasta mil y quinientos pesos, y un ducado para el portador con tal que no se vaya usacced descontento; pues algo ha de quedar para el pintor del convento, que mas que os pese, le dará un toquecito de rojo á esas nubes, para su perfeccion.

Oir tal sacrilegio artístico, y revolverse como un leon Alonso Cano hacia el obeso cartujo, obra fué de un punto; mas contóvose, y

contentós; con arrojar tan tremenda mirada sobre aquella mole de carne, que el buen P. Gerónimo se embebió en el anchuroso sillón de baqueta, con la misma timidez que si hubiese sentido venir sobre su pecho dos furiosas puñaladas.

—Razon en vuestra cólera teneis, porque el cuadro es hermosísimo, pero aplacaos un tanto, que el padre vendrá á la razon. Esto dijo un fraile remendado, guardián de san Diego, que al caso allí se encontraba, y con tal dulzura que el racionero se sintió desarmado y repúsole con cariño:

—Perdonad, reverendísimo; pero cosas se han razonado aquí, que mas debieran ser asunto de espadas que de lengua.—Y comenzó sin reparo á envolver su cuadro dando la espalda al prosáico monja.

—Dejadme que acabe de contemplarle; no todos pensamos como el P. Gerónimo: cada figura, cada nubecilla, cada pincelada es un tesoro de bellezas, dijo el fraile modesto de san Diego.

Alonso Cano, apartó la cubierta y observó no sin complacencia, que el guardián se habia colocado en el mejor punto de vista.

—¡Oh sí! exclamó con entusiasmo el fraile, despues de una larga contemplacion; habeis comprendido la divina elevacion del profundo misterio de la Trinidad: así le comprendieron los padres; así tal vez creyó adivinarla la filosofia pagana de Platon. Esa es la luz, el fuego del Amor, la Omnipotencia, la Sabiduria. Obras tan grandes no tienen precio. ¡Quisiera poder ser rico como un emperador romano, para vaciar mis tesoros en vuestras arcas! Colocaria despues ese cuadro en el modesto altar de mi convento, y allí las almas de los fieles se elevarian ante esa imágen altísima de la Celestial Trinidad. Estasiado y enaltecido de noble orgullo oyó el pintor estas palabras, que partieron de un varon en aquellos tiempos célebre por su ardor en la fé, por su meditada sabiduria y su religioso fervor, y reflexionando un rato, dijo con jocosa solemnidad:—Tambien podeis darme, padre reverendísimo, algo que yo aprecio en mas que el dinero, y se-reis dueño de colocar ese cuadro en el altar de san Diego.

—Decid.

—La economía del pobre es mas á mis ojos, que la hacienda espléndida del rico.

—Economías no tenemos, señor, los que vivimos de la pública caridad, y partimos con los mendigos nuestro pan; contestó humildemente el guardián de san Diego.

—¡Pero al menos, no podriais darme hoy un plato de chanfaina para comer.

—Sí, señor racionero, que no es viernes, y para todo el convento se guisa.

—Pues tomad ese cuadro, que ya es vuestro, y acompañadme al convento, que allí cobraré el precio sentado en la mesa del refectorio.

Dudó al principio el guardián de la sinceridad de tan extraño contrato; pero en los ojos del racionero Cano vió pintada la franca generosidad de un artista, y se apresuró á mostrarle su agradecimiento.

—Fuera bernardinás, señor Alonso, os daré los dos mil pesos, dijo algo turbado el P. Gerónimo, cuya codicia se habia despertado con los elogios del fraile.

—Guardadlos enhorabuena para engordar á la comunidad, si es tan poco ascética como vuestra paternidad, y callo.... por no traspasar el antemural del decoro que mi cólera combate desesperada.—Vamos, padre guardián.—Hijo, añadió dirigiéndose á Juan, vé á casa y que vendan ese dibujo para el gasto de hoy, que yo haré mi comida con los frailes de San Diego.

Dicho esto, se asentó á una mesa, trazó con la pluma la mas picante caricatura que verse puede, donde se retrataba al buen P. Gerónimo con el parecido de dos cosas iguales entre sí, y salió sin despedirse del monasterio de la Cartuja.

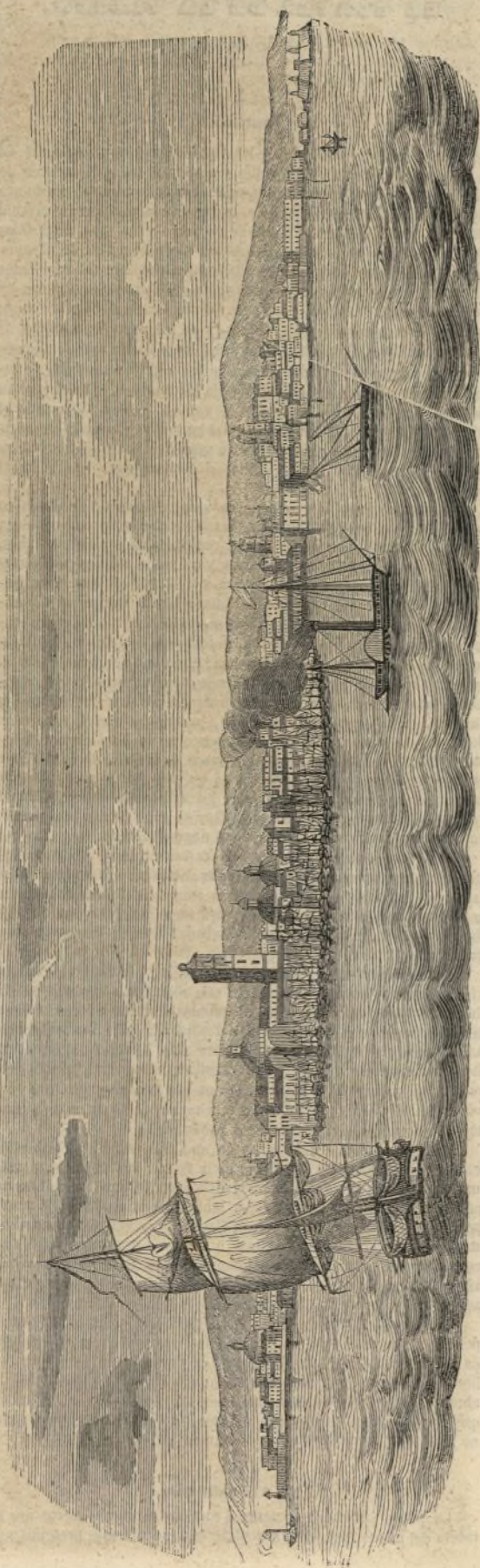
Quince dias despues, se celebraba una fiesta en san Diego para inaugurar un famosísimo cuadro de la Trinidad, que acababa de colocarse en el altar mayor. Asistieron todas las personas de valia que por entonces ennoblecian á Granada; predicó el Padre Guardian un elocuentísimo sèrmon, y de boca en boca corria la historia que acabamos de referir, ensalzando todos la generosidad del racionero Alonso Cano.

Desde entonces, aquella pintura que se habia vendido por un plato de asadura condimentada, se llamó *el cuadro de la chanfaina*, y hasta nuestros dias ha conservado su nombre.

El P. Gerónimo sufrió tal sofocon de envidia al ver en otro convento tan riquísima alhaja, que murió de una apoplegia fulminante, aunque otros atribuyen su horrible fin á una cazuela de arroz con atun; sea de ello lo que quiera, á nuestra honra cumple manifestar entrambas opiniones (1).

José GIMENEZ SERRANO.

(1) El cuadro, origen de esta tradicion, se trasladó al Museo provincial cuando la estincion de los conventos, y de allí fué robado durante un baile de máscaras. Ahora, con baldon de España, adornará alguna galeria extranjera.



(Vista general de la Habana.)

EL CLAVEL DE LA VIRGEN.

(Cuento de vieja.)

I.

Solita.

Entre las fragosas sierras de las Alpujarras, ó sea *Montes del sol y del aire*, hay frondosísimos valles cruzados en todas direcciones de riachuelos y torrentes, en cuyas profundas cuencas no se puede penetrar de noche, sin peligro de tropezar con el espíritu errante de algún moro que, con cimitarra en puño y los ojos encendidos como brasas, guarda los tesoros que allí escondió antes de abandonar aquella tierra, ó de morir en ella combatiendo por su ley.—Estos espíritus solo se aparecen de noche; pero de día se les oye en las soledades de los campos, y siempre donde corren las aguas, donde los árboles crecen robustos y espesos, y en los parages cercados de altas montañas y de peladas rocas: cuando el pastor vocea llamando á alguna cabra descarriada, la voz de los espíritus invisibles contesta desde lejos en las angosturas de las ramblas, y otros repiten sus palabras como los centinelas la voz de ¡*alerta!*—cuando el viento sopla, los espíritus gimen entre las hojas; y cuando las aguas corren por entre altas peñas y cauces angostos, los espíritus hablan á una, diciendo con acento chillón y destemplado: «¡Alá akbar! ¡Alá akbar!»

En una de las aldeas que, cual toscos ermitaños, reposan en medio de aquellas solitarias montañas se celebra la fiesta de S. Juan con mucho regocijo. Bajo un ancho entoldado de copudos castaños, bailaban, al compás de dos guitarras y un violin tañidos por bizarros aunque agrestes mozos, las jóvenes del lugar con sus compañeros de infancia: los ancianos hablaban de sus campañas y tradiciones, apurando panzudas botas de moscatel ó de albillo: los zagales subían á los frondosos cerezos, y doblando sus ramas, las bajaban hasta el alcance de las muchachas, que cogían el colorado fruto: los niños triscaban por el prado jugando con los perros y los cabritos, traviesos como ellos. Entretanto algunas jóvenes, sentadas á la sombra, daban quejas á sus novios, porque las alcachofas, cuya flor habían quemado la víspera para consultar su horóscopo amoroso, no habían amanecido floridas, lo cual es indicio de frialdad en el amante. Otras, por el contrario, á quienes había salido bien la prueba, se sonreían lánguidamente, y acercaban tanto sus morenas cabezas á las de sus amantes, que estos se estremecían de cuando en cuando al sentir el contacto de sus negros cabellos.

Todo era contento y amor en el castañar: nadie había que no gozase: unos con sus inocentes alegrías, otros con sus mutuas satisfacciones, otros en fin con sus penas amorosas. Unicamente Solita la jorobada estaba triste y abatida, sola en medio del gentío, abandonada de todo el mundo, pero no de Dios, ni de la Virgen su abogada.

Solita era una infeliz criatura sin familia, que un día se apareció en la aldea, cuando solo contaba seis años, sin que nadie, ni ella misma, supiese de dónde venía ni quiénes eran sus padres. Pobre, sin mas amparo que la caridad, la desdichada niña era enfermiza ademas y contrahecha. Tal vez hubiera sido hermosa, si su negra fortuna no hubiese influido en su raquítica naturaleza; pero desheredada por naturaleza y fortuna, era un sér feo, muy feo, que servía de burla y chacota á todos los muchachos del lugar, y de espantajo á las madres para acallar á sus pequeñuelos.

Acurrucada detrás del tronco de un árbol, seguía la pobrecita con sus ojos inflamados el bullicio de la fiesta: sus miradas se animaban al ruido de los panderos y de las castañuelas; agitábase su pecho al contemplar los deliquios amorosos de las otras jóvenes; porque ella soñaba ya también con el amor, con el amor que consumía su corazón sin exhalar llama, y á cuyos generosos latidos no correspondería jamás ningún hombre.—Solita tenía ya diez y seis años; pero nadie lo hubiera creído, y solo á ella no le alcanzaba el adagio que dice: «¡No hay quince años feos!»—¡Pobre Solita!

Temerosa la joven de provocar las burlas de los insolentes campesinos, y acaso los golpes con que los muchachos se complacían en atormentarla, permanecía agazapada y silenciosa; pero llorando, llorando mucho; pues para ella el mundo era un desierto lleno de abrojos. El alborozo general aumentaba su melancolía, de tal modo que para dar libre curso á sus sollozos, determinó alejarse de allí, no fuese que llamando la atención aumentase sus pesares.

II.

El Niño de Oro.

La pobre jorobadita comenzó á caminar sin rumbo cierto por la ladera del monte, procurando sustraerse á las miradas, protegida por

los troncos de los árboles; y andando, andando se internó entre dos montañas de piedra cortadas á pico, por cuyo seno tortuoso corrían transparentes y espumosas las aguas de un torrente. De cuando en cuando traía el viento el rumor placentero de la fiesta, que resonaba en las alturas quejumbroso y entrecortado como una algazara de brujas; pero Solita no escuchaba nada, y seguía caminando como una sombra, sin volver atrás la vista. Con sus descarnadas manos se apretaba el corazón, y algunas veces alzaba una de ellas para enjugarse las lágrimas que le impedían ver. Bien tenía por qué llorar: entre tantos seres llenos de salud y de esperanzas, ella sola era raquítica y asquerosa, y veía en su presente su porvenir.

En lo mas solitario del monte formaba el torrente una elevadísima cascada que se desprendía con mucho ruido desde lo alto. Solita vió entonces que no podía pasar mas allá, y se sentó abatida junto á un bosquecillo de lentiscos que lozanos crecían en la orilla del agua. Apoyó los codos en sus rodillas y dejó caer la cabeza entre sus manos, entregándose á su dolor.

Era la última hora del día, y algunas nubes se acercaban al poniente para recibir en sus labios dorados los postreros besos del sol. La joven dió rienda suelta á su llanto, hasta que, cansados sus ojos, se cerraron, y se quedó dormida.

Pasaron así las horas, y el eco repitió en los peñascos las últimas campanadas de la queda. Solita oyó entre sueños aquel sonido lejano, y cruzó sobre su pecho los enflaquecidos brazos; porque la humedad había penetrado sus débiles vestidos, y estaba tiritando de frío. La pobre joven, acostumbrada toda su vida á dormir sobre el duro suelo, teniendo cuando mas un pajar por alcoba, no echaba de ver, ni su molesto descanso, ni el peligroso lugar en que se hallaba.

Con efecto, apenas se hubieron desvanecido en el aire los últimos ecos de las campanadas de la queda, la luna, que hasta entonces había derramado su plateada luz sobre la tierra, se cubrió de espesas nubes, y las espumas del torrente dejaron de brillar con ese bello reflejo nocturno que es la sonrisa del agua. Sonó ruido, como de armas que se chocan, debajo del cristalino arco de la cascada: iluminóse ésta de repente con una luz azufrada, y Solita creyó oír la voz de un niño que, como salida de las entrañas de la tierra, cantaba, al compás de una guitarra tenuemente pulsada, estas palabras:

Solita que sola estás,
¿adónde vas?
Desamparada criatura;
no llores tu soledad,
que solo vive tu amante
como la perla en el mar.
Solita que sola estás
¿me amarás?

Creía la infeliz huérfana estar soñando, pues nunca palabras tan dulces habían resonado en su oídos. Llena de inquietud se frotó los ojos, miró á su alrededor, evocó sus embrollados recuerdos, y reconoció el lugar adonde le trajera su desventura; pero no acertaba á comprender de dónde provenía la luz extraña que entre las aguas brillaba.

—¿Si habrá aquí duendes? dijo para sí llena de miedo; y comenzó á temblar como un azogado.

Entretanto volvió á sonar la música misteriosa, y la voz de niño entonces esta segunda copla:

Solitaria está la luna,
Solita, en el cielo azul;
y en los campos crece el lirio
solitario como tú.
Solita que sola estás,
¿me amarás?

A medida que el sér invisible cantaba esta trova, la humilde niña sentía disiparse su temor y un suave bienestar fortalecer sus cansados miembros.

—¿Si será cierto que hay en el mundo quien pueda amarme? dijo: ¡á mí, que soy el espantajo de los muchachos traviesos! ¡Ah! yo solo sé amar á cuantos me han hecho bien: si alguien me amase, no lloraría nunca mas.

La voz cantó por tercera vez:

¡Murmurando van las aguas,
murmurando van, mi amor!
No habrá, Solita, en el mundo
quien te adore como yo.
Solita que sola estás,
¿me amarás?

—¡Si! exclamó la jorobada, no pudiendo reprimir una lágrima de placer, la primera de esta especie que había refrescado sus ojos en toda su vida.

Como si la breve palabra pronunciada por Solita hubiese sido un talisman poderoso, las aguas de la cascada se dividieron inmediatamente que la pronunció, formando dos transparentes cortinas, y del seno de la roca, iluminada como un horno de alfarero, se vio salir primeramente un hermoso niño de oro enteramente desnudo, y detrás de él una llueca con doce pollos todos de oro y los picos de diamante. La llueca decía ¡cico! ¡cico! y los pollos ¡pio! ¡pio!; y después de haber dado tres vueltas meneando las cabezas á compás, rodearon á Solita y al niño de Oro.

El cual, acercándose mas á la jóven que temblaba de placer, le tomó una mano, y con una voz atimbrada y sonora, como el sonido de una moneda de ocho duros, le dijo:

—Bien venida seas, amiga mía, si vienes para mi ventura: la tuya no tendrá igual si accedes á mis deseos.

Solita estaba encantada de la amabilidad de aquel extraño sugeto; y aunque sentía un vago temor al percibir caliente aquella mano de oro, y al oír la voz humana que de unos lábios metálicos salía, era tal la delicia que experimentaba, que contestó con placentera sonrisa:

—Vuestra voluntad será mi ley: mandad, que vuestra sierva os escucha.

—No, sino mi señora habrás de ser, repuso el niño. Pero atiende á lo que aspiro. Hace ya muchos años que vivo aquí sepultado por la malicia de un mago, el cual, sabedor de que yo había enterrado en este parage mis tesoros, en lugar de transportarlos al Africa (porque has de saber que soy moro), me condenó á permanecer envuelto entre mis riquezas, y en la forma que estás viendo, hasta que encontrase una doncella que me amase y me fuese fiel tres meses.—Yo tengo para ti cuanto de mas rico y bello puede concebir tu imaginación: tengo placeres sin cuento que ofrecerte; ricas galas y perfumes, y esclavas para que te sirvan: tengo un palacio con baños y jardines deliciosos, y en ellos risueñas fuentes que brotan entre rubies. Todo es para tí, si consientes en vivir á milado y en amarme con fina constancia.

Contentísima quedó Solita de oír este razonamiento, y aunque hubiese querido rehusar los dones que se le ofrecían, no hubiera podido hacerlo; porque su corazón palpitaba ya de amor, y sus ojos húmedos habrían hecho traición á sus palabras.

—Tuya soy; dispon de mí: fueron los únicos acentos que osaron pronunciar sus lábios. Y en el mismo instante se sintió llevar por los aires á una mansión desconocida, en cuyo embellecimiento habían trabajado la maravilla y el encanto.

III.

Bay.

Erased un palacio sin límites aparentes, pues los muros, de cristal de roca, no cerraban el espacio á la vista, la cual se perdía en una inmensidad sin término; la techumbre era infinita y profunda como un cielo de verano: basábase el edificio en un zócalo de rosas, y las delgadas columnas de diamante parecían ondular al soplo del aura, como los juncos á la orilla del río. Cantaban las ayes en amenos bosquecillos de frescas flores siempre lozanas, pero sin olor, ni gérmen; y los mismos pájaros no se juntaban nunca en amoroso nido. En los jardines había fuentes bullidoras, pero sin murmullo, y las balsas de agua, lo mismo que los baños, no reflejaban ninguna imagen, porque las lustradas tazas y el pavimento del edificio mágico eran también diáfanos, y ningún cuerpo opaco interceptaba su transparencia. Los árboles no daban sombra: sin haber sol, había luz, y el ambiente aromatizado por esencias artificiales era fresco y suave. Aquella era la mansión de la opulencia: todo allí estaba dispuesto para gozar sin amar.

Sobre la cúspide aguda de un centenario ciprés tenía su morada un cuco, el cual, cantando una vez cada veinte y cuatro horas, anunciaba los días; y un negro sentado al pie del tronco, los apuntaba haciendo rayas en un libro de anchas hojas. Sin esto era imposible conocer el transcurso del tiempo, pues allí nunca anochecía.

Embelesada estaba Solita en contemplar aquel encantado palacio, que no lo hubiera soñado jamás tan hermoso su fantasía, y alcontento que experimentaba de hallarse tan bien aposentada, vino á unirse el de verse vestida de riquísimo brocado, llevando en su cuello sargas de blancas perlas, y en sus cabellos flores de oro montadas de piedras preciosas.—¿Qué invisibles hadas habían tan de improvviso atendido á su tocado? ¿Quién había cambiado sus pobres harapos en elegantes y opulentas ropas?—Esto no se sabe; pero ello es que Solita no necesitaba molestarse ni aun para desear, pues todo se le proveía antes

que lo apeteciese, y ella misma ignoraba los medios desconocidos que se empleaban en su servicio.

El Niño de Oro, si bien era galante y previsor, no por eso molestaba jamás con sus atenciones á su amada: una hora antes de cantar el cuco venía siempre á visitarla, y en el momento de oírse el agorero canto de aquel ave fatídica, que siempre era á las doce de la noche, abandonaba el dorado amante á su amada, para no volver hasta otro día á la misma hora.

El infeliz encantado tenía en aquel momento que obedecer á la dura ley de su destino. Apenas se apartaba de Solita, oía ésta el careo de la llueca y el piar de los polluelos, y en medio de su diabólica algazara tristesimos y profundos ayes, lúgubres quejidos y rechinar de dientes.

—Está visto, dijo para sí la jorobada, que no es todo oro lo que reluce.—Pero como esto se repitiese varias veces, la jóven comenzó á tener miedo, y participó su sobresalto á su Niño en la primera ocasión.

—Cuando me cante el cuco, le dijo él, sígueme con precaución, y no pases de aquella puerta que conduce á la *Galería de los Arcanos*: desde allí podrás presenciar mi triste suerte.

Pasado un rato cantó el cuco. El Niño de Oro echó á correr, y Solita le siguió por muchos pasadizos, siempre corriendo, hasta que ambos llegaron á la puerta de la *Galería de los Arcanos*. El Niño pasó adelante: Solita se quedó en la puerta, desde donde presenció el espectáculo mas extraño que imaginarse puede. Una inmensa mano de hierro cogió por mitad del cuerpo al Niño de Oro, y le tendió sobre un monton de joyas y pedrería: dos enormes serpientes de plata ondeaban por la galería, produciendo con el choque de sus escamas un sonido metálico estridente, las cuales, enlazándose luego, una á los pies y otra á los brazos del paciente, lo encadenaron al monton de riquezas, mientras la llueca y los pollos de oro le taladraban el corazón con sus picos de diamante. Daba el Niño tristesimos gemidos; pero la llueca cloqueaba y los pollos piaban, ensañándose con mas furor, á medida que eran mayores los ayes del encantado. Este castigo terrible duró hasta el tercer canto del gallo; entonces desapareció de repente todo el cruel aparato, y la galería quedó oscura como bolsa de usurero.

Solita pasó llorando todo el tiempo que tardó en ver á su dorado amante.—¡Desdichado! decía ella: ¿de qué le sirve tanta opulencia, si todo se le convierte en acervo tormento?

Cuando el Niño volvió la encontró llorando y la consoló diciendo:

—No te aflijas, vida mía, por mis pesares, pues no son tan grandes que no tengan alivio. Si tu amor de doncella me es fiel hasta que se cumplan tres meses, todos mis tormentos cesarán, y tú serás muy dichosa.

—Toda mi dicha consistirá en verte libre de tu odiosa esclavitud, contestó la doncella.

Y olvidando por una hora la pena que le causaban los dolores de su amante, Solita se entregó toda entera á esos deliquios puros que solo siente quien adora una quimera; porque el Niño era solamente un espíritu palpable.

Pero este espíritu era egoísta. Solita amaba sin ser correspondida, y su amor era un sacrificio, un tesoro que debía servir para el rescate del encantado. Sin embargo, ella se creía amada, y esta ilusión la hacía dichosa; de modo que su sacrificio no era costoso, y el triunfo de su pretendiente parecía seguro.

No obstante, el Niño de Oro tenía contra sí dos enemigos poderosos, capaces de robarle el amor de la doncella, tales eran la ociosidad de ésta,—pues mujer desoficiada no piensa en nada bueno,—y el negro contador de los días. Era éste un espíritu envidioso de la dicha ajena, é incapaz de disfrutar goce alguno. Desde que Solita puso los pies en el palacio encantado, el negro concibió el proyecto de arrebatarse al Niño de Oro su esperanza. Llamábase este negro *Bay*, es decir, *Serpiente*, nombre que le cuadraba muy bien por su astucia y sus negras intenciones.

En una ocasión en que Solita estaba pensativa y algo hastiada de su soledad, acercósele el negro, se arrodilló, tocó tres veces el suelo con la frente, y dijo:—Perdóname, sultana, mi atrevimiento; pero si te ofende tu esclavo, poder tienes para hollarlo con tus plantas, en lo que le harás merced.

—¿Qué es lo que quieres, Bay? dijo Solita.

—Todos los espíritus te obedecen, y las huries te proclaman sultana de este paraíso.—¿Por qué te ven mis ojos pensativa? Mi sumisión te ofrece recreo y esparcimiento. Dignate aceptar el homenaje de tu mas íntimo siervo.

—¿De qué modo, Bay?

—En este edén hay fuentes que tienen suspensas sus aguas; flores que lloran tu ausencia cubiertas de eterno rocío; aves que ensayan sus cantos y no aciertan á formularlos, porque no han oído tu voz. ¿Serán dignas de que las visites una vez sola?

— Si, llévame, Bay; comienzo á sentir necesidad de recreo.

La doncella y el negro pasaron largo rato por mágicos jardines colgados en el aire: donde quiera que la jóven ponía un pié brotaba una azucena; las flores, á su paso, sacudían coquetamente sus cálizos llenos de aroma; el agua congelada de las fuentes se derretía á su vista, como el hielo á los rayos del sol de abril, y las aves silenciosas prorumpían en armoniosos gorgoros.

Solita sintió por primera vez germinar en su cabeza el espíritu de vanidad. — ¡Mucho valgo, dijo para sí, cuando la naturaleza me rinde culto!

El negro penetró este pensamiento de la doncella, y asomó á sus labios una horrible sonrisa. Con efecto, su obra de destrucción estaba comenzada.

— Sígueme ¡oh reina de las flores y de las aves! dijo el maldito; descansaremos al pié de aquel antiguo roble.

Sentáronse ambos al pié del árbol, sobre cuyas ramas había una urraca y una golondrina entretenidas en sabrosa plática.

Decía la golondrina: — ¡Chirrichi, — chirrichi, — chirrichi, — ¡vaayá!... ¡No es mala moza la novia!... — Chirrichi! — ¡vaayá!

Decía la urraca: — ¡Si no fuera jorobaada!

La golondrina: — Chirrichi, vaayá, que no es tan maaalá!

La urraca: — ¡Si no fuera negra y flaaaca!

La golondrina: — ¡Calla, calla, compañera, que hay moros en la frontera, y la novia es pasadera... ¡chirrichi, chirrichi, vaayá!

La urraca: — ¡Y una joroba no es falta!... ¡Giba! ¡giba!... ¡Jah! ¡jah! ¡jah! ¡jah!.

Los dos pájaros echaron á volar, mientras Solita ofendida en su amor propio, permanecía muda de cólera y de vergüenza. ¿Era posible que dos pájaros negros se atreviesen á echarle en cara sus faltas, cuando las mas hermosas aves, las fuentes y las flores le rendían homenaje? Pero bien mirado, no era culpa de aquellos pájaros si ella tenía defectos visibles. Bay acudió á consolarla diciendo:

— No te aflijas, sultana de las flores, por tan leve causa. Esas aves son parlanchinas de suyo y mal criadas. Si á costa de mi salud me fuera dado remediar esos males y hacer que la urraca se desdijese...

— ¡No prosigas! exclamó desechada la doncella. ¿De qué puede servirme una retractación lisonjera, si llevo encima mis faltas?

— Confúndame tu grandeza señora mía: esas faltas pudieran desaparecer, dijo Bay.

— ¿Cómo? exclamó Solita respirando júbilo y esperanza.

— Solo tu amante tiene poder para ello, pero no lo hará por temor de que le abandones al verte hermosa.

— ¡Oh! ¿yo abandonarle? ¡Nunca!... Pero dices que puede...

— Ruégaselo.

— Si haré, dijo la jóven con resolución, y se marchó impaciente á esperar que viniese su amante.

El negro, sentado al pié del ciprés, se reía entretanto á carcajadas, sin producir ruido.

A la hora de costumbre vino el Niño de Oro, y encontró á Solita enojada, por lo cual la dijo:

— ¿Qué tienes, amada mía? ¿Seré tan desdichado que haya perdido tu gracia?

— ¡Ingrato! dijo la picarilla casi llorando; bien lo merecias. A lo que contestó él,

— ¿Pues en qué te he faltado amor de mis amores? ¿No tienes cuanto apetece?

Entonces ella sonriéndose y tomándole la barba, le dijo: — tengo mas de lo que apetecer quisiera... Esta giba...

— ¡Tontuel! exclamó el Niño afectando tranquilidad. ¿Y eso te entristece? ¿Acaso no te quiero yo así?

— Eso no me basta, repuso la jóven poniéndose seria. Si tienes poder para todo, ¿por qué no satisfaces mi deseo?

Echó á temblar el Niño de Oro, y con voz insegura preguntó:

— ¿Con quién has hablado, Solita? Tú has oído los consejos de Bay...

— Es verdad. Pero, ¿qué mal hay en eso?

— No te fíes de ese negro, lucero mío: es un infame que nos perderá á los dos.

Solita insistió sin embargo, lloró, suplicó, rabió; y tal poder tuvieron sus ruegos, y sobre todo sus amenazas, que el Niño no pudo resistir por mas tiempo al temor de perder la fortuna que entre las manos tenía y dijo:

— Si yo supiese que no me habrías de abandonar al verte hermosa, te haría la mas perfecta de las mujeres.

— ¡Niño! contestó ella; pues si me haces hermosa, ¿no tendré eso mas que agradecerte?

— Eres muger, contestó el niño. El cual, sin embargo extendió su brazo derecho, primero hacia el norte y luego hacia el mediodía, después hacia el oriente, y en fin hacia el occidente. Poblóse el aire de espíritus invisibles, que aleteaban como mariposas alrededor de

Solita; quien cediendo al prestigio de ciertas armonías sordas, y de los soporíficos aromas que la envolvían como entre una nube, se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó la jóven era mas hermosa que un serafín.

IV.

Vires acquirit cundo.

«No te fíes de ese negro.»

Estas palabras murmuraba Solita entre sueños en el momento de despertar. En seguida se miró las manos y las vió blancas, torneadas y regordetas: tocóse la espalda, y la encontró derecha como una vela de cera: contemplóse toda, y se sonrió diciendo: — ¿Por qué no me habré de fiar de él, cuando debo á sus consejos mi hermosura?

Esto decía Solita, sin saber todo lo hermosa que se había vuelto de la noche á la mañana; porque ella no podía verse el rostro blanco y suave como una azucena, sonrosado y gracioso como una rosa de mayo, ni sus labios encendidos y tersos como dos cerezas, ni el hechizo de sus miradas penetrantes y halagüeñas, ni el alabastro de su frente pura, ni otros mil atractivos que solo el espejo podía reproducir de una manera imperfecta; y ya se sabe que, á no mediar un prodigio, los espejos eran imposibles en aquel palacio encantado.

Mientras la jóven se recreaba en la contemplación de sí misma, un deseo vago de ajenos elogios cruzaba su entendimiento. — «Debo de ser muy hermosa, pero nadie me lo dice,» pensó en su vanidad; y al mismo tiempo oyó repetidas voces que de todos los ángulos de la estancia salían, diciendo: «Es hermosa! Es hermosa sobre todo lo creado.»

Además, un coro invisible, que acaso era una alucinación de la doncella, cantaba muy quedo estas palabras:

Para alumbrar la hermosura
de tan celestial doncella
no es la luz bastante pura:

Porque es ella
mucho mas bella
que el matutino arrebol,
primer hálito del sol.

¡Viva, viva la hermosa!
¡Viva, viva su amor!
¡Vergüenza tiene la rosa,
pues no hay flor como esta flor!

Saltó Solita del blando lecho y eligió sus mejores vestidos; después de lo cual salió á pasear por los jardines, ganosa de oír los elogios de las aves, las cuales á su paso enmudecían de admiración, y replegaban sus alas.

Pero estas demostraciones no satisfacían al amor propio de Solita. Necesitaba ver todo el esplendor de su belleza, y con este pensamiento se acercó á una fuente; mas aunque las aguas se quedaron paradas, aquel cristal no reprodujo su imagen.

La urraca comenzó á cantar en tono burlon desde el roble donde estaba encaramada:

¿Quién es esa que viene
fresca y lozana,
mas bella que el lucero
de la mañana?

Solita se paró á escuchar, saltándole el corazón de contento. La urraca continuó:

¡Vaya una perla!
Quiero cerrar los ojos
para no verla.

— ¿Se estará burlando? exclamó Solita. Pero recordándose luego, añadió: «Eso es envidia! — La urraca, que sin duda era inspirada por el maligno espíritu de Bay, entonó esta otra seguidilla:

Los bultos de la espalda,
sol sin segundo,
no son los mas rebeldes
que hay en el mundo.
Pero es simpleza
querer sanar las gibas
de la cabeza.

Trémula de terror y de impotente ira, en presencia de aquel terrible enemigo, que con tanta desfachatez le echaba en cara sus defectos, púsose la jóven á llorar, y se volvió de repente como si buscara un sér que la amparase. Clavado detrás de ella encontró al cauteloso negro, y no pudiendo mantenerse en pié, se dejó caer entre sus brazos acongojada.

La hermosa Solita tenía un corazón bueno y sencillo, un corazón de ángel inocente y confiado; cual pedazo de cera flexible dispuesto á recibir todas las impresiones; tan fácil de seducir por los atractivos del orgullo, como blando para las aspiraciones generosas; tan dispuesto á empedernirse bajo la exclusiva armadura del amor propio, como á franquearse sin reserva con toda la candidez de un alma virgen: tenía en fin un corazón de mujer, término medio entre el cielo y el infierno; materia dispuesta para labrar un ángel ó un demonio. Como todas, Solita era capaz de ser buena, si por buen camino la guiaban; hubiera sido mala sin sospecharlo siquiera, y como si el serlo fuese la cosa más natural. Su imaginación no comprendía que hubiese ningún mal en recrearse en la propia hermosura, y así dijo á su consejero sollozando.

—¿Qué daño he hecho á ese animal para que me persiga con sus graznidos? ¿Por qué me ofenden tanto sus burlas insolentes? Yo he sufrido siempre con resignación la risa y aun el desprecio ajenos, cuando era jorobada y fea; pero ahora que soy perfecta, ¿qué mal hay en que me glorie de serlo? ¿Acaso, tengo defectos que no veo?

A lo cual contestó el negro con voz melosa:—¿Defectos puede tener la señora de la hermosura? Siempre fué achaque de maldicidores ensañarse en deprimir el mérito, cuya posesión envidian. Gózate, reina y señora, que bien puedes gozarte en tu perfección sin tacha, y si á tu felicidad estorba esa negra bruja que se complace en murmurar de tus hechizos, habla y á tu voz la verás convertida en cenizas.

—No, eso no, repuso la doncella: no quiero causar la muerte de ese pobre animal.

La urraca dió una carcajada diciendo: —¡jah! ¡jah! ¡jah! *Piquito de verdades nunca muere.*

—¿Ves? dijo entonces el negro: desafia tu poder, y se burla de tu compasión. Permíteme castigarla.

Solita se encogió de hombros.—Bay tomó un pedreñal, y apuntando con él á la urraca, disparó el tiro, antes que la joven hubiese podido impedirlo: verdad es que esta sintió, al ver el ademán del negro, una vaga satisfacción.

El tiro retumbó en los bosques acompañado de centenares de carcajadas huecas, que hicieron estremecerse á Solita. El cuerpo de la urraca descendió pelado del árbol, cayendo sobre una mata de claveles blancos que tiñó con su sangre. Las negras plumas revolotearon por el aire, y antes de llegar al suelo se convirtieron en otras tantas urracas habladoras, que entonaron en coro esta copla:

Cuando la verdad te ofenda
súfrela y no te impacientes:
haz propósito de enmienda,
y así no hablarán las gentes.

En seguida toda la negra banda batió las alas á compás, y se alejó de aquel sitio.

Solita se quedó pensativa. La lección que acababan de darle aquellos pájaros hizo penetrar en su alma un rayo de luz, pues comenzó á comprender que la vanidad en la mujer es una mancha que cubre sus mayores perfecciones. Pero este feliz pensamiento duró poco, pues el negro Bay acudió presuroso á desvanecerlo con sus palabras lisonjeras:—«¡Malditas brujas! dijo: no sirven sino para turbar la alegría. ¿En qué puede emplear mejor sus días la mas bella huri del paraíso, sino en admirarse y procurar que la admiren? No dirán mal de ti las hermosas aves que reciben sus galas de tus miradas.»

Pasando días y viniendo días Solita contrajo un indefinible fastidio: estaba siempre sola, sin que la distrajerse nada nuevo: no tenía más rato bueno que mientras su dorado amante la visitaba, y esto no duraba sino una hora. El negro, después de haber sembrado la semilla de la vanidad en el corazón de la doncella, no se dejaba ver; de modo que aislada entre riquezas de incomparable magnificencia, no se consideraba Solita más feliz que en sus antiguos tiempos de pobreza y desamparo. Poco tiempo después de su regeneración física, obtuvo de su amante, á fuerza de ruegos y mediando un prodigio, un hermoso espejo de acero, ante cuya tersa luna pasaba la joven horas enteras contemplando sus graciosas formas, y sonriéndose de mil modos, ya poniéndose flores artificiales de preciosas materias contruidas, ya tirando estas y sustituyéndolas por otras naturales; unas veces brincando y saltando con loco regocijo, y otras reclinando en la mano la mejilla y quedándose lánguidamente absorta y concentrada en sí misma. Pero estos pasatiempos llegaron á cansarla, y cosa extraña! cuando tan inconstante se mostraba su fantasía, su corazón permanecía fiel al amante que por tan extraordinario camino la había depurado la suerte.

La soledad en que el negro Bay dejaba á su protegida, como se deja conocer, era calculada, y debía producir naturalmente sus efectos. Como queda dicho, el primero fué el fastidio: después vino un

vago deseo de objeto indeterminado; esa inquietud, ese afán de algo desconocido, que se ignora lo que es, pero que desazona y molesta: mas tarde vinieron los recuerdos de tiempos pasados, y aunque estos no tenían para la joven ningún atractivo, pues eran recuerdos de dolor, sin embargo formulaban en su alma una aureola de orgullo, basado en su ventajosa posición presente. Este sentimiento podía resumirse en estas palabras:—«¡Cuánto se admirarian, si ahora me viesen, los que antes me conocieron raquítica, enfermiza y pobre!»

Al concebir este pensamiento, Solita dió un suspiro; y al suspirar, apareció Bay en el umbral del aposento.

—Dichosos los ojos que te ven, mi buen amigo, dijo la joven, pudiendo apenas echar el habla del cuerpo, y sin moverse de la pila de almohadones donde estaba recostada.

El negro se arrodilló y tocó el pavimento con la frente, diciendo:—«Caigan sobre mí tus iras, reina y señora: reconozco mi grave culpa, y me rindo á tu voluntad.

—¡Qué tético! exclamó Solita con acento burlón. Si al cabo de tanto tiempo, añadió, me vienes con zalamerías y lamentaciones, puedes volverte. No es eso lo que quiero. Estoy fastidiada.

—Bien lo sé, generosa princesa, contestó Bay. La vida que llevas no es la que conviene á una hermosa de tus años; y á decir verdad, otra que tú, maldeciría esa fortuna que te hace prisionera y esclava del capricho de un amante exigente.

—Si supieras cuánto me ofenden esas palabras, repuso la doncella incorporándose, no tendrías la avilantez de pronunciarlas. La voluntad de mi amante y tu señor es la mía; y lo que él dispone está bien dispuesto.

El negro se encogió de hombros é inclinó la cabeza. Después dijo:—Soy desgraciado, puesto que mi señora no comprende el generoso móvil de mis palabras. Guárdeme el grande Alá de concebir un pensamiento ofensivo á mi señor y dueño. Solo he querido decir que para conservar el amor de una doncella no es necesario aprisionarla.

Solita abrió desmesuradamente sus hermosos ojos, púsose el dedo índice sobre la barba y dijo:

—Explícate, Bay: te lo permito.

Bay se sonrió, tomó cautelosamente asiento á los pies de la doncella, y alzando hacia ella los ojos con bien fingida timidez continuó diciendo:

—Lucero de la mañana: las flores que bordan el aire necesitan esponjar sus frescas hojas; el ruiseñor enamorado no vive entre dorados hierros; el sol que asoma por el Oriente arrolla las sombras, que son cadenas de la luz, y dispersa las estrellas para que nada estorbe su carrera; el amor entre prisiones es el sol ofuscado por negras nubes: la luz allí está, pero alumbra macilenta; el fuego allí se supone, pero no dá calor. ¿Por qué ha de vivir aislado y solo el modelo de la hermosura? ¿Por qué no habrá de llenar el mundo de sus encantos y de su fama?—Escucha un romance que me contó mi padre, que lo oyó de su abuelo:

«Alhamar, rey de Granada... una paloma tenía,
de ojos tiernos y albas plumas, su consejera y su amiga:
guardábala cauteloso, que por demás la quería,
y si algún hombre la viera..... costárale á éste la vida.
«Marchó Alhamar á la guerra... contra gentes de Castilla,
y la paloma en su jaula..... de pena se consumía:
«confiada la ha dejado..... el rey á la hermosa Alija,
«que cuidadosa la guarda, y la regala y la mimas.
«Mas la paloma encontróse.... abierta la jaula un día,
y al campo salió afanosa. de libertad y de brisas.
«Cuando Alhamar de la guerra.. para Granada volvía,
«la paloma fué á su encuentro... y así le dijo sumisa:
«—En prisiones me dejaste, que en prisiones me tenías;
«la libertad he cobrado; pero vuelvo á tus caricias.»
«El rey le tendió la mano, que ella besó enternecida,
y él sin contestar palabra..... la pasó con su guma.

Tales son los hombres, prosiguió diciendo el negro; exigen injustos deberes, y si una vez son quebrantados, sacrifican lo que mas aman á su capricho ó á su cólera. Si la paloma de Alhamar hubiera permanecido encerrada, se habría muerto de tristeza: cobró su libertad y buscó á su dueño, y éste le dió la muerte. Tal es el porvenir que te aguarda, señora mía, si no logras hacer á tu amante esclavo de tus antojos.

—Me asustas, Bay, dijo Solita consternada; pues entre tus razones y tus ejemplos hallo cierta oscuridad misteriosa que me espanta. ¿Qué debo hacer?

—Te espanta, repuso Bay, morir de tristeza ó morir á mano airada! Para evitar lo uno y lo otro, no hay más que un medio. Pídele

á tu amante la libertad; ruégale, estréchale, amenaza si es preciso, y cuando te falte otro recurso, llora. Serás libre por su voluntad; y entonces no podrá quejarse de tí.

—Mi buen Bay ¡cuánto te debo! exclamó la jóven: y luego se preparó para recibir á su amante. El cual vino á la hora de costumbre y ella le hizo muchas zalamerías y luego le dijo: «Estoy muy triste.»

—¿Por qué, vida mia? contestó el Niño.

—Porque todos mis dias son iguales y el horizonte que veo es siempre el mismo.

—¡Ay, que no está en mi mano transformar ese horizonte!

—No lo dudo; pero al menos, puedes trasladarme á otro lugar.

—Te comprendo: ¿deseas abandonarme! dijo el Niño con suma tristeza.

—Eso nunca, contestó Solita; pero bien conoces que no hay triunfo donde no hay combate; y mal se concibe la fidelidad sin el libre albedrio.

—¡Solita! ¡Solita! exclamó el encantado; mucho arguyes para lo poco que sabes. ¿Qué maligno espíritu te inspira esas razones?

—Te engañas, querido mio, repuso ella: solamente me inspira el temor de fastidiarme en mi soledad, y perder el cariño que te tengo.

—Si no es mas que eso, te daré otras compañeras: no quisiera que salieses de aquí.

—Solita se levantó orgullosa y dijo resueltamente: «O la libertad, ó nada: tal es mi determinacion.»

El Niño bajó la cabeza y suspiró: «Si ha de sufrir violencia tu fidelidad, dijo, prefiero antes perderte. ¿A dónde quieres ir?»

—A la aldea.

—¿Y volverás?

—Cuando quieras.

—Pues bien, repuso el Niño sollozando; al tercer canto del gallo quedarás hoy libre. Si te acuerdas de mí, vuelve á buscarme cuando suena la queda.

Solita hizo dobles caricias á su amante, y luego que éste se despidió, entretúvose en arreglar su tocado.

El negro acudió á darle la enhorabuena por su triunfo, trayéndola para adornar su cabeza un clavel disciplinado. Este clavel era de la mata que habia mauchado la sangre de la urraca.

La doncella esperaba impaciente los cantos del gallo. Ya se habia oído el primero, y el segundo no podia tardar. El horizonte se comenzó á teñir de color de rosa: cantó el gallo otra vez, y todo el

cielo se cubrió de color encarnado. Al tercer canto del gallo, Solita se encontró en otro mundo, rodeada de los ramos de una adelfa.

(Concluirá.)

FRANCISCO DE ORELLANA.

LA ESTATUA DE LA VERDAD.

La reina Cristina de Suecia contemplaba un dia una estatua de la Verdad perfectamente ejecutada y espresaba su admiracion á los que la rodeaban. Un cardenal la dijo entonces: «Señora, V. M. es la primera testa coronada á quien la Verdad haya tenido la dicha de agradar.»—«Señor cardenal, todas las Verdades no son de mármol.»

DIOS Y EL TASO.

—«¿No es verdad, le preguntaban á un italiano entusiasta del Taso, que si Dios quisiera hacer un poema épico, compondria uno como la *Jerusalem libertada*?»

—«Se potesse (si podia), signor, se potesse,» respondió aquel entusiasta.

EL SOLDADO DEL REY DE PRUSIA.

Federico el grande viendo á uno de sus soldados con una cicatriz muy profunda en la cara, le preguntó: «¿En qué taberna te han puesto ese distintivo?»—«Señor, en una taberna en que S. M. pagó el escote: en Kolin.» Esta fué una batalla que perdió aquel monarca, el cual, se sonrió á pesar de lo mordaz que era para él la respuesta, y le dió al soldado una gratificacion.

UNA ESPERION DE SAN VICENTE DE PAULA.

Un caballero, en un momento de impaciencia y de cólera, decia delante de San Vicente de Paul:—«Quiero que el diablo me lleve.»—«Señor,» le dijo el santo religioso «os retengo yo para Dios.»

ADVERTENCIA.

Todos los suscritores de Madrid y nuestros correos provinciales de provincia habrán recibido gratis el número de LAS NOVEDADES de ayer y recibirán el de mañana, que contendrá artículos de los colaboradores de la parte satírica y una caricatura litografiada.

